

## CAPÍTULO II

## Consecuencias de la evolución democrática.

## § 1.—INFLUENCIA EJERCIDA SOBRE LA EVOLUCIÓN SOCIAL POR LAS TEORÍAS DESPROVISTAS DE VALOR RACIONAL.

Acabamos de ver que las leyes naturales no están de acuerdo con las aspiraciones democráticas. Sabemos también que tal apreciación jamás tuvo influencia sobre las doctrinas fijadas en las almas. El hombre, guiado por una creencia, no se preocupa de su valor real.

El filósofo que estudia esta creencia debe discutir evidentemente el contenido racional, preocupándose también principalmente de su influencia sobre los espíritus. Aplicada á la interpretación de todas las grandes creencias de la historia, la importancia de esta distinción surge inmediatamente. Júpiter, Moloch, Vichnou, Alá y otras tantas divinidades fueron sin duda, desde el punto de vista racional, simples ilusiones, y, sin embargo, su importancia en la vida de los pueblos fué considerable.

La misma distinción es aplicable á las creencias que dominaron la Edad Media é inclinaron á millares de hombres al pie de los altares. Igualmente ilusorias, ejercen, sin embargo, una acción tan

profunda como si hubieran correspondido á realidades.

Quien dude, no tiene más que comparar la dominación del Imperio romano y la de la Iglesia. La primera muy tangible, muy real, no implicaba ilusión alguna. La segunda, no teniendo sino bases quiméricas, fué, sin embargo, tan poderosa. Gracias á ella, durante la interminable noche de la Edad Media, los pueblos semibárbaros adquirieron aquellos frenos sociales y aquella alma sin los cuales no hay civilización posible.

El poder de la Iglesia prueba que la potencia de ciertas ilusiones es bastante grande para crear, momentáneamente al menos, sentimientos tan contrarios al interés del individuo que al de las sociedades, tales como la vida monástica, el deseo del mártir, las Cruzadas, las guerras santas, etc.

La aplicación á las ideas democráticas y sociales de las precedentes consideraciones, muestra que importa poco que esas ideas no tengan ninguna base defendible. Impresionan las almas, y esto basta. Sus consecuencias pueden llegar á ser muy funestas, pero nada podemos.

Los apóstoles de las nuevas doctrinas yerran, en verdad, al torturarse para hallar un fundamento racional á sus aspiraciones. Convencerán siempre mucho más limitándose á las afirmaciones y haciendo germinar las esperanzas.

Su verdadera fuerza reside en la mentalidad religiosa inherente al corazón del hombre y que, en la marcha del tiempo, no ha hecho sino cambiar de objeto.

Examinaremos, pues, desde el punto de vista filosófico solamente diversas consecuencias de la evolución democrática, cuyo curso vemos acelerarse.

Decíamos á propósito de la Iglesia en la Edad Media, que tuvo la facultad de obrar profundamente en la mentalidad de los hombres. Apreciando ciertos resultados de las doctrinas democráticas, veremos que la potencia actual de éstas no es menor en ningún concepto.

§ 2.—EL ESPÍRITU JACOBINO Y LA MENTALIDAD CREADA POR LAS CREENCIAS DEMOCRÁTICAS.

Las modernas generaciones no han heredado solamente principios revolucionarios, sino también la mentalidad especial que les hizo triunfar.

Al describir esta mentalidad, cuando hemos estudiado el espíritu jacobino, hemos visto que pretende imponerse siempre por la fuerza de las ilusiones consideradas como verdades. El espíritu jacobino ha terminado por ser tan general en Francia y en los países latinos, que ha ganado á todos los partidos políticos, incluso los más conservadores. La burguesía está muy impregnada, y el pueblo todavía más.

Esta propagación del espíritu jacobino ha tenido por resultado el que las concepciones políticas, las instituciones y las leyes tiendan siempre á imponerse por la violencia. Así es como el sindicalismo, pacífico y metódico en otros países, tomó rápidamente en el nuestro modalidades intransigentes y anárquicas, traducándose en forma de motines, de sabotajes é incendios.

No siendo reprimido por los gobiernos medrosos, el espíritu jacobino produjo funestos estragos en los cerebros de mediana capacidad. En el reciente

Congreso de ferroviarios la tercera parte de los delegados votó por la aprobación del sabotaje, y uno de los secretarios del Congreso comenzó su discurso diciendo: «Me permito enviar á todos los compañeros de sabotaje mi fraternal saludo y toda mi admiración.»

Esta mentalidad general engendra una anarquía creciente. Si Francia no se encuentra en estado de revolución permanente, es, como ya he señalado más arriba, porque todos los partidos que la dividen casi se equilibran. Están animados de un odio mortal, pero ninguno de ellos es bastante fuerte para humillar á sus rivales.

La intolerancia jacobina se esparce de tal modo, que los mismos gobernantes emplean sin escrúpulos los procedimientos más revolucionarios con respecto á sus enemigos, persiguiendo con violencia hasta despojarles de sus bienes, haciéndoles los partidos la menor oposición. Nuestros gobernantes se conducen hoy como los antiguos conquistadores. El vencido nada tiene que esperar del vencedor.

Lejos de ser peculiar á las clases populares, la intolerancia se observa, pues, igualmente en las clases directoras. Michelet había notado desde largo tiempo que las violencias de las clases cultas son á veces más intensas que las del pueblo. Es claro que no rompen los faroles, pero se hallan dispuestos á mandar romper cabezas. Las peores violencias de la Revolución fueron cometidas por burgueses cultos, profesores, abogados, etc., poseedores de aquella instrucción clásica que se supone dulcifica las costumbres. Pero no las dulcifica más hoy que en aquella época. Es fácil darse cuenta hojeando los diarios avanzados, cuyos redactores proceden, sobre todo, del profesorado de la Universidad.

Sus libros son tan violentos como sus artículos, y es preciso preguntarse cómo pueden formarse, en estos favorecidos por la suerte, tales provisiones de odio.

Difícilmente se les creería, si asegurasen que les devora una intensa necesidad de altruismo. Más fácilmente podrá admitirse que, al lado de una estrecha mentalidad religiosa, la esperanza de ser notados por los poderosos del día, ó de crearse una popularidad productiva, son las únicas explicaciones posibles de las violencias que aparecen en sus escritos de propaganda.

Ya he citado en uno de mis anteriores trabajos los párrafos del libro de un profesor del Colegio de Francia, en los que el autor excita al pueblo á que se apodere de las riquezas de la burguesía, á la que invectiva con furia, y he llegado á la conclusión que una nueva revolución reclutaría fácilmente al lado de los autores de estas elucubraciones á los Marat, los Robespierre y los Carrier que le fuesen precisos.

La religión jacobina—sobre todo bajo su forma socialista—tiene sobre los espíritus de débil constitución todo el poder de los antiguos dioses. Cegados por su fe, creen tener la razón por guía, y están dirigidos únicamente por sus pasiones y sus sueños.

La evolución de las ideas democráticas ha traído, pues, fuera de las acciones políticas ya señaladas, considerables consecuencias sobre la mentalidad de los hombres modernos.

Si los antiguos dogmas religiosos han agotado desde hace largo tiempo su contenido, las teorías democráticas se hallan lejos de haber agotado el suyo, y de día en día vemos extenderse su floración.

Una de las principales ha sido el odio general por las superioridades.

Este odio, por lo que sobrepasa el nivel medio, por la situación social, la fortuna ó la inteligencia, es hoy general en todas las clases, desde el obrero á las más altas esferas de la burguesía. Tiene por resultados: la envidia, el denigramiento, la necesidad de atacar, de ridiculizar, de perseguir, de presertarse á toda acción de motivos rastreros, de negarse á creer en la probidad, en el desinterés y en la inteligencia.

Las conversaciones, tanto en el pueblo como entre los hombres instruidos, están impregnadas de esa necesidad de envilecer y rebajar. Ni aun los muertos célebres pueden librarse de este proceder. Jamás se escribieron tantos libros para menospreciar el mérito de hombres célebres, considerados en tiempos como el más precioso patrimonio de un país.

La envidia, el odio, parecen como inseparables en todo tiempo de las teorías democráticas; pero la extensión de estos sentimientos, jamás había sido tan grande como al presente; sorprende á todos los observadores.

«Hay un bajo instinto demagógico, escribe Bourdeau, sin ninguna aspiración moral que sueña en rebajar la humanidad al nivel más inferior y para el que toda superioridad, aun de cultura, es una ofensa á la sociedad... es aquel sentimiento de innoble igualdad, que animaba á los verdugos jacobinos cuando hacían rodar las cabezas de un Lavoisier y de un Chénier.»

Este odio á las superioridades, elemento el más seguro de los actuales progresos del socialismo, no es la única característica del nuevo espíritu creado por las ideas democráticas.

Otras consecuencias, aunque indirectas, no son

menos profundas. Tales, por ejemplo, los progresos del estatismo, la disminución de la influencia y del poder de la burguesía, la acción cada vez mayor de los financieros, la lucha de clases, la desaparición de los antiguos frenos sociales y el descenso de la moralidad.

Todos estos efectos se manifiestan por una insubordinación y una anarquía generales. El hijo se vuelve contra su padre, el empleado contra su patrono, el soldado contra sus oficiales. El descontento, el odio y la envidia reinan hoy por doquier.

Un movimiento social que continúa es por fuerza, como en mecánica, un movimiento que se acelera. Veremos, pues, aumentar todavía los resultados de esta mentalidad. Se traducen de vez en cuando en incidentes, cuya gravedad aumenta diariamente: huelga de ferroviarios, huelga de carteros, explosiones de acorazados, y otros muchos.

A propósito de la destrucción del *Liberté*, que costó más de 50 millones é hizo perecer en un minuto á 200 personas, un antiguo ministro de Marina, M. de Lanessan, se expresaba en la siguiente forma:

«El mal que corroe á nuestra flota es el mismo que devora nuestro ejército, nuestras administraciones públicas, nuestros servicios públicos, nuestro parlamentarismo, nuestro régimen gubernamental y nuestra sociedad por entero. Este mal es la anarquía; es decir, un desorden tal de espíritu y de cosas, que nada se realiza de acuerdo con la razón y ningún hombre se conduce como exigiría su deber profesional ó moral.»

Y á propósito de la misma catástrofe del *Liberté*, acaecida después de la del *Iéna*, M. Félix Roussel, en un discurso pronunciado en calidad de presidente del Concejo municipal de París, decía:

«Las causas del mal no son especiales á nuestra marina. Este mal es más general y tiene un nombre triple: irresponsabilidad, indisciplina y anarquía.»

Estas citas, que aprecian hechos que nadie ignora, nos presentan á los más acérrimos defensores del régimen republicano, reconociendo los progresos de nuestra desorganización social (1). Todos la ven, conscientes al propio tiempo de su impotencia para no cambiar nada. Resulta, en efecto, de influencias mentales, cuyo poder es superior al de nuestras voluntades.

### § 3.—EL SUFRAGIO UNIVERSAL Y SUS ELEGIDOS.

Entre los dogmas de la democracia, tal vez el más fundamental y el que ha seducido particularmente, es el sufragio universal. Da á las masas la noción de igualdad, porque al menos durante un instante,

(1) Este desorden es el mismo en todas las administraciones. Pueden hallarse interesantes casos en una información de M. Dausset, del Consejo municipal:

«El servicio de la vía pública—dice,—que debiera ser ante todo un servicio de ejecución rápida, es, por el contrario, el prototipo de la administración rutinaria, papelera y burocrática, con hombres y dinero, malgastando ambas cosas en tareas á menudo inútiles, faltas de orden, de iniciativa y de método, y, en una palabra, de organización.»

Hablando á continuación de los directores de servicios que obran según su gusto y siguen solamente su capricho, añade:

«Estos grandes jefes se desconocen en absoluto; preparan sus proyectos y los ejecutan sin conocer los del vecino; no hay nadie sobre ellos encargado de agrupar los trabajos y coordinarlos.» Por esto levantan y reparan una misma calle, vuelven á levantarla de nuevo á los pocos días de intervalo, porque los servicios de aguas, de gas, de alcantarillas y de electricidad que realizan, jamás están de acuerdo. Esta anarquía y esta indisciplina cuestan, naturalmente, sumas enormes, y una industria privada que operase de igual manera, no tardaría mucho en llegar á la quiebra

ricos y pobres, sabios é ignorantes, son iguales ante la urna electoral. El ministro se codea con el último de sus servidores, y durante este breve minuto, el poder de uno es idéntico al de otro.

Todos los Gobiernos, incluso los de la Revolución, han recelado del sufragio universal. En efecto, en principio suscita muchas objeciones. La idea de que la multitud pueda elegir con provecho hombres capaces de gobernar; que individuos de mediana moralidad, de conocimientos frágiles, de limitado espíritu, posean, por el solo hecho de su número, una segura aptitud para juzgar los candidatos á su elección propuestos, parece un poco rara.

Desde el punto de vista racional, el sufragio cuantitativo podrá justificarse en parte, diciendo con Pascal: «La pluralidad es el mejor camino, ya que es visible y tiene la fuerza de hacerse obedecer; sin embargo, es la opinión de los menos hábiles...»

No pudiendo ser sustituido el sufragio universal en los tiempos modernos por ninguna otra institución, es preciso aceptarlo y tratar de adaptarse á él. Es inútil, por consiguiente, protestar y repetir, después de la reina María Carolina, en la época de su lucha contra Napoleón: «Nada más horrible que gobernar los hombres en este luminoso siglo, en que todos los zapateros exponen sus razones y sinrazones sobre el gobierno.»

A decir verdad, las objeciones no tienen tanta fuerza como parece. Siendo admitidas las leyes de la psicología de las multitudes, es dudoso que el sufragio restringido diera una elección de hombres superior á la obtenida por el sufragio universal.

Estas mismas leyes psicológicas muestran también que el sufragio llamado universal es, en realidad, una pura ficción. La multitud, salvo en casos

rarísimos, no tiene más opinión que la de los agitadores. El sufragio universal representa, pues, en realidad, el más restringido de todos los sufragios.

En ello reside precisamente su verdadero peligro. El sufragio universal aparece peligroso, sobre todo para los agitadores que son dueños de los pequeños comités locales, análogos á los clubs de la Revolución. El agitador que solicita con intrigas un mandato, es elegido por ellos.

Una vez nombrado, ejerce un poder local absoluto, á condición de satisfacer los intereses de sus comités. Ante esta necesidad, el interés general del país desaparece casi totalmente á los ojos del elegido.

Naturalmente, los comités que precisan servidores dóciles, no eligen para sus propósitos individuos dotados de una elevada inteligencia, ni, sobre todo, de gran moralidad.

Necesitan hombres sin carácter, sin posición social y siempre dóciles.

A consecuencia de estas necesidades, el servilismo del elegido con respecto á los pequeños grupos que lo dirigen, y sin los que nada sería, es completo. Propondrá y votará todo lo que esos comités le exijan. Su ideal político puede condensarse en esta breve fórmula: obedecer para durar.

Por excepción, y sólo cuando por su nombre, situación ó fortuna, poseen un gran prestigio, las personalidades superiores acaban por imponerse á los votos populares, rebasando la tiranía de las minorías audaces que constituyen los pequeños comités locales.

Los países democráticos como el nuestro, no están, pues, gobernados, sino en apariencia, por el sufragio universal. Por esta razón se votan tantas

leyes, que por ningún concepto interesan al pueblo y que jamás ha reclamado. Tales son, por ejemplo, la compra de las líneas del Oeste, la ley sobre congregaciones, etc. Estas absurdas manifestaciones tradujeron sencillamente las exigencias de los pequeños y fanáticos comités locales, impuestas á los diputados por ellos elegidos.

Es posible darse cuenta de la influencia de esos comités, viendo á los diputados modernos obligados á patrocinar anarquistas entregados al sabotaje de los arsenales, á aliarse con antimilitaristas; en una palabra, á obedecer á las peores exigencias para asegurar su reelección. Las voluntades de los elementos más bajos de la democracia, han creado de este modo en los elegidos una moralidad y unas costumbres, que muy difícil sería no juzgarlas de muy bajas. El político es el hombre de la plaza pública, y como dice Nietzsche:

«Donde la plaza pública comienza, comienza también el ruido de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas... El comediante cree siempre en lo que le hace lograr los mejores efectos, en lo que impulsa á las gentes á creer en él mismo. Mañana existirá una fe nueva y pasado mañana una fe más nueva todavía... Todo lo que es grande, ocurre lejos de la plaza pública y de la gloria.»

#### § 4.—NECESIDAD DE REFORMAS.

La necesidad de reformas impuestas de una manera brusca, á fuerza de decretos, es uno de los conceptos más funestos del espíritu jacobino, uno de los terribles legados de la Revolución. Figura entre los factores principales de todas nuestras agitaciones desde hace un siglo.

Una de las razones psicológicas de esta sed incesante de reformas, reside en la dificultad de determinar los motivos reales de los males que aquejan. La necesidad de explicación crea causas ficticias muy sencillas. Sencillos se presentan también los remedios.

Desde hace cuarenta años no hemos cesado de hacer reformas, entre las cuales cada una constituye una revolución en pequeño. A pesar de ellas, ó más bien por su causa, somos uno de los pueblos de Europa que menos ha evolucionado.

Se puede juzgar de la lentitud real de nuestra evolución, comparando uno á uno en diversas naciones los principales elementos de la vida social: Comercio, Industria, etc. Los progresos de diversos pueblos, los de alemanes sobre todo, aparecen entonces inmensos, mientras que los nuestros han sido lentos en extremo.

Nuestra organización administrativa, industrial y comercial ha envejecido considerablemente, y no se muestra ya á la altura de las nuevas necesidades. Nuestra industria ha florecido poco; nuestra marina mercante no prospera. Aun en nuestras propias colonias, no podemos sostener la competencia con el extranjero, á pesar de las enormes subvenciones pecuniarias concedidas por el Estado.

M. Cruppi, ex ministro de Comercio, ha insistido sobre este triste decaimiento en un libro reciente. Siguiendo el error general, cree fácil remediar esas inferioridades con nuevos reglamentos.

Todos los políticos participan de la misma opinión, y por ello es por lo que tan poco progresamos. Cada partido está persuadido de que con reformas pueden remediarse todos los males. Esta convicción nos lleva á luchas que hacen de Francia uno de los

países más divididos del Universo y presa de la anarquía.

Todavía no hay quien comprenda que los individuos y sus métodos, y no los reglamentos, determinan el valor de un pueblo. Las reformas eficaces no son las reformas revolucionarias, sino aquellas pequeñas mejoras cotidianas acumuladas por el tiempo.

Los grandes cambios sociales se verifican como las transformaciones geológicas, gracias á la suma diaria de causas mínimas. La historia económica de Alemania desde hace cuarenta años, prueba de manera sorprendente la exactitud de esta ley.

Muchos acontecimientos que parecen depender en cierto modo del azar, las batallas, por ejemplo, están en sí mismos sometidos á aquella ley de la acumulación de las pequeñas causas. Sin duda, la lucha decisiva termina algunas veces en menos días; pero fueron precisos minuciosos esfuerzos lentamente acumulados para preparar el triunfo. Hicimos la triste experiencia en 1870, y más tarde la hicieron los rusos. Apenas si bastó una media hora al almirante Togo, para acabar con la flota rusa en la batalla de Tsoushima, que decidió de manera definitiva la suerte del Japón; pero infinidad de pequeñas y lejanas influencias determinaron aquel triunfo.

Causas no menos numerosas engendraron la derrota de los rusos: una burocracia tan complicada como la nuestra y tan irresponsable; un material lamentable, aunque pagado á peso de oro; un régimen de adhalas en todos los grados de la jerarquía, y la indiferencia general por el interés del país.

Desgraciadamente, los progresos de detalle que constituyen en su totalidad la grandeza de una na-

ción, siendo poco visibles, no producen impresión alguna en el público y no pueden servir los intereses electorales de los políticos.

Estos se desinteresan en absoluto y dejan acumularse, en los países á su influencia sometidos, las pequeñas desorganizaciones sucesivas de que se componen las grandes decadencias.

§ 5. — LAS DISTINCIONES SOCIALES EN LAS DEMOCRACIAS Y LAS IDEAS DEMOCRÁTICAS EN DIVERSOS PAÍSES.

En la época en que los hombres se hallaban divididos en castas, y diferenciados, sobre todo, por su nacimiento, las distinciones sociales se aceptaban generalmente como consecuencias de ley natural ineluctable.

Desde que las antiguas divisiones sociales fueron destruídas, las distinciones de clases resultaron artificiales y cesaron por esta razón de ser toleradas.

Siendo teórica la necesidad de igualdad, ha sido visto desarrollarse muy rápidamente en los pueblos democráticos la creación de desigualdades artificiales, que permiten á sus poseedores constituirse en una supremacía visible á todas luces. Jamás en época alguna fué tan extendida como al presente, la sed de títulos y condecoraciones.

En los países realmente democráticos, como los Estados Unidos, los títulos y condecoraciones no ejercen gran ilusión, y solamente la fortuna crea las distinciones. Es en extremo raro ver á los jóvenes millonarios unirse á los antiguos nombres de la aristocracia europea. En esos casos emplean instin-

tivamente el único medio que permite á una raza muy joven la adquisición del pasado, necesario para estabilizar su armadura moral.

Pero de un modo general, la aristocracia que vemos nacer en América, no se ha fundado por ningún concepto en títulos y condecoraciones. Puramente financiera, no provoca gran envidia, porque cada cual espera lograr un día formar parte de ella.

Cuando en su libro sobre la democracia en América, señalaba Tocqueville la aspiración general hacia la igualdad, ignoraba que la igualdad prevista tendría por resultado una clasificación de hombres, fundada exclusivamente en el número de dólares por ellos poseído. Ninguna existe en los Estados Unidos, y, sin duda, algún día ocurrirá lo propio en Europa.

Actualmente nada nos permite considerar á Francia como un país democrático como no sea en las palabras; y aquí aparece la necesidad de buscar, como hemos expuesto más arriba, las diversas ideas que encierra, según los países, la palabra democracia.

Como naciones verdaderamente democráticas, no es posible citar más que Inglaterra y América. La democracia se presenta bajo formas diferentes; pero se observan los mismos principios, sobre todo una perfecta tolerancia para todas las opiniones. Las persecuciones religiosas son desconocidas. Las superioridades reales se manifiestan fácilmente en las diversas profesiones, pudiendo ascender cada cual á cualquier edad, desde el momento que posee la capacidad necesaria. Ninguna barrera limita la iniciativa individual.

En tales países los hombres se creen iguales, por-

que todos tienen la noción de que están libres para llegar á iguales alturas. El obrero sabe que puede llegar á ser contramaestre y más tarde ingeniero. Obligado á comenzar por los escalones inferiores, en lugar de empezar por los escalones superiores, el ingeniero no se cree de otra esencia que el resto de los hombres. Ocurre lo propio en todas las profesiones. Por esto los odios de clases, tan intensos entre nosotros, están poco desarrollados en Inglaterra y en América.

En Francia, la democracia no se practica más que en los discursos. Un sistema de concursos y de exámenes que es preciso sufrir durante la juventud cierra rigurosamente la entrada en las carreras y crea clases enemigas separadas.

Las democracias latinas se han convertido, pues, en puramente teóricas. El absolutismo estatista ha sustituido al absolutismo monárquico, pero no se muestra menos duro. La aristocracia de la fortuna ha sustituido á la de nacimiento, y sus privilegios no son menores.

Monarquía y democracia difieren mucho más en la forma que en el fondo. La variable mentalidad de los hombres es únicamente lo que diferencia sus efectos. Todas las discusiones sobre los diversos regímenes están faltas de interés, puesto que no encierran en sí mismas ninguna virtud especial. Su valor dependerá siempre del de los hombres gobernados. Un pueblo realiza un gran progreso cuando descubre que la suma de esfuerzos personales de cada cual, y no los Gobiernos, es lo que determina el rango de una nación en el mundo.